

IV

Los hombres galantes

La galantería es el refinamiento de la civilización. Siempre que el arte brilla, que la industria florece, que el bienestar i la ilustración se hacen jenerales, dominan tambien las ideas galantes i caballerescas, i así como aparecen pintores, escultores i poetas célebres, así tambien pasean por los salones, en medio de las ricas porcelanas i de los broncees admirables, esos hombres elegantes i finos, que son objetos de arte vivos i que simbolizan las costumbres de su época.

Ya se comprenderá fácilmente que para que

tales hombres existan se necesita de un teatro brillante: son como los grandes actores que no nacen en todas partes sino adonde hai aficion i proteccion por el teatro. Por eso es que entre nosotros los hombres galantes nacieron con la república, es decir, con nuestra civilizacion, con nuestro movimiento social, con nuestros adelantos materiales.

La galanteria era flor desconocida durante la vida colonial. En aquella sociedad monótona, triste, pobre, silenciosa, apénas se comprendia cierto ceremonial de etiqueta; desde que no existia el salon, la tertulia, el club, el baile, el teatro, no habia por consiguiente atmosfera respirable para los hombres galantes. Es cierto que no faltaron durante la colonia sus aventuras romanescas, sus dramas de argumentos conmovedores, pues en toda época i en toda sociedad ha existido el amor, i entónces como ahora habia tambien sus calaveras mas o ménos brillantes i sus Don Juan mas o ménos afortunados; pero este tipo comun no corresponde al de nuestros héroes.

Los gobernadores españoles, muchos de ellos hombres de corte, no podian llevar en Santia-

go una vida galante. Las relaciones frias i poco íntimas que la política española les aconsejaba mantener con los criollos no era el menor de los inconvenientes. ¿Cuál fué el primero de entre ellos que rompió con ese estirado i ridículo ceremonial que hacia una falta de una sonrisa franca i de un apretón de manos afectuoso?

Cabe este alto honor al señor Marin de Poveda, marqués de Cañada Hermosa.

Era el presidente de Chile, es decir el señor Marin de Poveda, un hombre de aspecto varonil i de maneras distinguidas; no era jóven ni hermoso pero poseia ese don especial que vale tanto o mas que la juventud i la belleza: la simpatía. Apasionado i ambicioso, soñaba con formar en Santiago, al rededor de su modesto palacio, una pequeña corte que reuniera todo cuanto de hermoso i elegante poseia entónces la capital colonial. De esta manera las noches se pasarían un poco mas agradablemente. La alta sociedad podría por lo ménos prolongar sus veladas hasta las diez de la noche en verano, sin que se la pudiera acusar de trasnochadora. Fué, pues, en esos salones semi

oficiales en donde se bailaron los mas alègres *cuandos* i los mas graves i solemnes *minué* de la època, donde se pronunciaron talvez las primeras frases galantes que hirieron dulcemente los sencillos oidos de las beldades santiaguinas.

Pero el presidente de Chile no solo tenia admiracion por la danza sino que tambien profesaba un culto profundo a las mujeres hermosas, entre las que descollaba una jòven de quince años que en aquella època, en que las mujeres se casaban de doce, era ya toda una mujer formal. La bella niña llamada Valentina, pertenecia a una aristocrática familia, como que era sobrina del jeneral don Gaspar de Ahumada, que dió su nombre a la comercial calle que hasta ahora lo lleva.

Un dia Santiago amaneciò febrilmente ajitado: veíanse salir de las casas solariegas mujeres que cuchicheaban en voz baja; penetrando al interior de las casas veíanse en los grandes salones damas elegantes que demostraban en sus rostros i en los ademanes de su conversacion la indignacion i el asombro. ¿Cuál era la causa de este estraño movimiento? Tratá-

base de un escándalo brillante, cuyo autor habia sido el mas elevado personaje de la colonia, de un desaire a toda la sociedad santiaguina, de un acto galante del presidente para con la jóven Valentina, de que no se tenia precedente, de que no habia memoria hasta entónces.

El hecho se referia de la siguiente manera: la familia de Valentina habia salido a dar un paseo en calesa. Eran las tres de la tarde i al llegar a la plaza el aristocrático carruaje, entrando por la calle del Rei, habia perdido una de sus ruedas. Con motivo de este accidente las pacíficas mulas estuvieron a punto de sublevarse. Por fortuna pasaba en esos momentos la carroza del presidente: el marqués se lanza afuera, detiene las mulas, abre la puerta de la calesa, baja de ella a las hermosas damas i sombrero en mano las obliga a aceptar su dorada carroza. Hasta aquí el hecho era perfectamente correcto; pero lo que no se podia perdonar al presidente era el obsequio que habia hecho de su flamante carroza, la mas lujosa de Santiago, a la familia de Valentina.

Este hecho galante, el primero que recuer-

da la crónica caballeresca de aquella época, dió vida durante muchos meses a los salones de la capital. ¡Cosa estraña! hai quienes atribuyen a este acto de cortesía la separacion del marqués de Poveda del mando de la colonia. ¿La supicaz política española vió en esta galantería un peligroso indicio de influencia criolla en el ánimo del presidente? Indudablemente: se creía sin duda que tales manifestaciones no solo comprometian la dignidad del representante del rei, sino la soberanía misma del monarca.

Pero como todo pasa i se olvida, la era de los presidentes galantes no se estinguió con el marqués de Poveda. Pocos años despues Santiago, vestido de sus mas ricas galas, celebraba verdaderas fiestas reales para recibir dignamente al nuevo soberano que le enviaba el rei de las Españas.

El nuevo señor, que no era marqués sino simplemente caballero de Alcántara, se apellidaba Cano de Aponte, i era la figura mas arrogante que hasta entónces se habia paseado por las calles de la capital. Amable, obsequioso, galante, llegó a ser en poco tiempo el

ídolo de las damas. Venia dominado por una gran ambicion que solo atenuaba algun tanto el noble deseo de transformar la ciudad en la cual debía pasar feliz i adorado el resto de sus dias.

Ya entónces la fisonomía de Santiago habia cambiado notablemente; las ideas habian progresado demasiado; muchas familias francesas se habian establecido en la ciudad i modificado las costumbres. Se vivia ménos en la iglesia i mas en los salones; el vecindario se acostaba mas tarde i se levantaba tambien mas tarde, i la última moda del peinado i del traje principiaba a preocupar a las hermosas bisabuelas de nuestras abuelas. Ya nadie se asombraba, como en los tiempos del marqués de Cañada Hermosa, de un hecho galante.

Una noche, una noche fria del mes de julio de 1708, grandes fiestas tenian lugar en los salones del presidente. Como dicen los cronistas de hoy i de siempre «todo lo que Santiago tenia de mas hermoso, de mas aristocrático i elegante se habia dado cita en la réjia morada.» Habia la novedad de tocarse por la primera vez algunos instrumentos. Numerosas

calezas esperaban a la puerta formando una larga fila i hasta jentes de *tapada* se asomaban por las ventanas.

Esa noche estaba destinada a presenciar una galantería digna de Versailles.

Eran las diez i el baile se habia interrumpido por un momento. Una de las mas hermosas i elegantes damas, doña Emilia de Uribe, habia roto el rico collar de perlas que ocultaba su rosada garganta.

Las perlas cubrian el pavimento i los concurrentes, como otros tantos Buckingham, pisaban sobre ellas.

Este incidente desgraciado, que habia entristecido algun tanto a la señora de Uribe, habia tambien enfriado la fiesta.

Cano de Aponte se presenta al instante en el salon llevando suspendido en sus manos un collar de perlas mucho mas valioso que el que acababa de destruirse. Era la alhaja mas rica que hasta entónces habia llegado a la colonia.

Todas las damas dirijieron al collar una de esas miradas profundas i ardientes que las mujeres fijan en las joyas.

El presidente se acerca galantemente a la

señora de Uribe i envuelve al rededor de su lindo cuello las ricas perlas.

Todos los hombres aplaudieron involuntariamente; todas las damas, ménos la de Uribe, se mordieron los labios.

Cano de Aponte fué proclamado el hombre mas galante de Santiago; pero muchas damas no le perdonaron jamas esta galantería.

La guerra de la independenciam puso a la moda a muchos hombres. En esa época de incesante agitacion, de reveses i de victorias, se vivia mui rápidamente. ¡ cosa estraña! el salon estaba en intima relacion con el campamento. Desde que los hombres mas aristocráticos de la sociedad figuraban en el ejército, el estruendo de las batallas resonaba con la misma fuerza en el corazon de las grandes damas que en el de las mujeres del pueblo. Todos estaban ligados por iguales sentimientos: el de la patria i el de los íntimos afectos.

Por eso cuando las campañas permitian un lijero interregno, cuando se suspendian las hostilidades por algunas horas, los salones se abrian de par en par i una juventud hermosa, entusiasta, valiente, enamorada de todo lo

grande se precipitaba en ellos. La amenaza del comun peligro habia hecho desaparecer la etiqueta, i un sentimiento jeneral de amor i de fraternidad estrechaba todos los corazones. Era mas dificil brillar en esos momentos desde que solo se estimaban las grandes dotes del espíritu i del corazon.

Los Carreras eran los héroes de estas reuniones, así como eran tambien los primeros soldados del ejército. La popularidad gloriosa de que gozaban, el valor temerario i audaz, el talento superior, el jenio altivo, todo esto formaba al rededor de esos jóvenes una atmósfera de cariño, de admiracion i de incienso. José Miguel especialmente atraia sobre sí las miradas de todas las mujeres. Sus hermosos ojos que espresaban no sé qué profética inquietud, cierta predistinacion terrible oculta en el fondo de una dulce tristeza, le daba todo el aspecto de un héroe popular i de romance.

Se referia de él hechos de una galanteria temeraria. Una historia un tanto sarcástica ha llegado hasta nuestros oidos. Se le habia invitado a un baile en Santiago i habia prome-

tido a una dama que concurriría a él aun cuando fuera necesario perder una batalla. El día de la fiesta llegó, i José Miguel Carrera se encontraba a mas de cuarenta leguas de la capital. Recórdando súbitamente su promesa, Carrera se puso en marcha recorriendo en veinte horas la inmensa distancia. Despedazado, jadeante, casi muerto entró en Santiago a las oraciones. Siendo indispensable reposar un momento para dar brio a su cuerpo i lucidez a su espíritu, el galante soldado se arrojó en su lecho recomendando a su asistente le despertara a las nueve de la noche para asistir al baile. El buen hombre cumplió estrictamente con la órden; i a las nueve de la mañana siguiente despertaba a su jeneral. Carrera habia galopado cuarenta leguas, que tenia que volver a recorrer todavía mas de prisa, para dormir una noche en Santiago!

Pero hasta en el mismo día de su trájica muerte, hasta en las gradas mismas del patíbulo, José Miguel Carrera fué siempre un hombre galante. Se sabe que cuando marchaba al suplicio divisó en un balcon a una hermosa dama, su amiga, que con los ojos anega-

dos en lágrimas le veía marchar a la eternidad. José Miguel Carrera la sonrió dulcemente descubriéndose ante ella con la misma cortesía que si lo hiciera en la Alameda de Santiago. Tal era el temple de aquellos hombres que arriesgaban su vida por la patria i por la mirada de una mujer hermosa!

Manuel Rodríguez, el célebre guerrillero, que hizo las campañas de las sorpresas i de los golpes audaces, brilló en los salones de Santiago en los mismos días de la revolución i del terror. Espíritu inquieto i turbulento desorientaba al enemigo con su admirable guerra de intrigas i de engaños. Mientras se le perseguía en el campamento él se hacía presente en los salones, se le veía en la plaza pública i hasta en el palacio mismo de Marco. Héroe mas propio del romance que de la historia, sus aventuras tenían el prestigio de lo increíble. Hermoso i célebre encantaba a las mujeres porque fingía la pasión o la sentía verdaderamente, espresándola en un lenguaje apasionado i vehemente. El peligro continuo que rodeaba su vida i la zozobra que su presencia despertaba en los salones daba a sus

aventuras un doble valor. Jugaba su cabeza en cada sonrisa i en cada frase galante.

Se referia que una noche, al salir de un salon, dando el brazo a una dama, un grupo de soldados españoles le esperaba para prenderle. Al verlos Manuel Rodriguez se dirijió a ellos.

—I bien, ya es nuestro! les dice con la mayor calma, estad prontos para prenderle.

Los soldados, creyéndole uno de sus jefes, le dejaron pasar. No se imaginaron un instante que ese hombre elegante i fino pudiera ser el terrible montonero.

Lady Dundonald, la esposa de lord Cochran, juzgando a los hombres de la revolucion i a la revolucion misma, habia dicho una vez: —«Es curioso que este pais no haya sido libertado por sus hombres mas sencillos i fuertes sino por sus hombres mas elegantes.»

I en efecto hasta en los mas serios i encumbrados personajes de la revolucion la galanteria era algo natural e innata en ellos. Así se decia de Blanco Encalada que habia capturado a la *Maria Isabel* «de guantes i corbata blanca.» Esta frase, de moda entónces, retrataba la vida íntima del héroe.

Nunca vió nuestro ejército figura mas aristocrática que la de Blanco Encalada. Aquel marino, mitad espartano i mitad parisiense, sabia arreglar admirablemente la severidad de sus deberes con la encantadora facilidad de sus maneras. Sorprendia encontrar ese temple de acero dentro de esa fisonomía delicada i de una acentuacion tan noble i franca.

Los años nunca debilitaron aquella rica naturaleza tan llena de fé i entusiasmo; así se vió en los dias de la segunda guerra contra España a ese anciano glorioso, levantarse casi del borde de la tumba i retar a la escuadra española a un duelo singular, con fuerzas iguales, casi cuerpo a cuerpo, como en los torneos caballerescos de la edad media. Era que el ilustre marino, a los setenta i cinco años, conservaba intacto el viejo espíritu animoso i galante de su época.

Otra figura que no seria justo dejar en el silencio, es la del jeneral Calderon; considerado como uno de los tipos mas acabados del hombre galante. Ese jefe que no tiene páginas brillantes en la historia militar de la república, que no fué vencedor ni vencido, ha

dejado, sin embargo, una memoria que recuerdan con cariño las bellas damas de entónces i que aun viven.

Calderon habia tenido un nacimiento de príncipe; a lo que debia talvez en gran parte la rapidez de sus ascensos. Habia nacido capitán por gracia especial del rei de las Españas, que no concedia tamaño honor sino a los príncipes reales. Era amable i de una elegancia verdaderamente perfumada. Se decia que sus mejores victorias las habia obtenido en los salones; i así era la verdad porque sus mas grandes batallas las habia peleado sobre las alfombras de las casas de Santiago.

Se refiere de él un hecho que personifica al hombre: Calderon, ya viejo, tuvo sin estar enfermo el presentimiento de su muerte. El galante i ya achacoso paladin sufría talvez la nostalgia de los recuerdos. Se veía destronado por la nueva i brillante jeneracion que se alzaba a su vista. Calderon se preparó tranquilamente para el largo viaje, despidiéndose de todas sus relaciones como si fuera a emprender una escursion de placer. El presentimiento habia sido tan leal i profundo que el dia si-

guiente, despues de haber estrechado la mano de su última amiga, moria tranquilo como un caballero que ha cumplido con el último de sus deberes.

I el viejo jeneral murió mui oportunamente! A su espalda se alzaba ya la nueva jeneracion en que figuró Cárlos Bello, el poeta i novelista romántico de la época; Francisco de Paula Rodriguez, que siendo jefe de un batallon de la guardia nacional, hizo que su tropa rindiera las armas a la hermosa i distinguida dama a quien él rendia el culto de su corazon; Francisco Echeverria, llamado el *Monte Cristo*, por su opulencia i esplendidez, i cuyo baile dado a la sociedad de Santiago, en que se veian inscripciones de brillantes en las murallas, se acuerd a todavia como una fantasía oriental; Florencio Blanco, una especie de Octavio de Parisis; Luis Cousiño i tantos otros que brillaron como dioses en medio de esas masas de elegantes que no saben llevar un frac, ni decir una frase, verdaderas fuerzas negativas que hacen en los salones el papel de las poltronas.